



***Toda historia comienza con un sí:
San José de Calasanz, su camino a la santidad***

**Adelaida Bidot
Pontifical Catholic University of Puerto Rico
August 25, 2015**

Dedicado a la memoria del Padre José Luis Larreátegui

Esta mañana de hoy, 25 de agosto del 2015, que conmemoramos y recordamos a San José de Calasanz, quiero explicar, en primer lugar por qué dedico estas reflexiones al padre José Luis Larreátegui, mas allá de las razones obvias: su vida ejemplar, su dedicación a su vocación de una manera calasancia, o sea total, integral, adherida a la fe...

Algunas personas reaccionan con cierto resentimiento o reproche frente a los homenajes póstumos. Se cuestionan las razones por las que no se dan los reconocimientos en vida o manifiestan una evidente incomodidad porque lo consideran inútil... Una frase anónima que circula por las redes sociales y con la que muchas personas concuerdan afirma que “los muertos reciben mas flores que los vivos porque el remordimiento es una fuerza mas grande que la gratitud”. No digo que

no haya algo de eso, quizás, en algunos casos (en unos mas que en otros). Sin embargo, estoy convencida de que es una fuerza mayor, desposeída de esa idea reduccionista, casi inconsciente, lo que actúa en nosotros cuando nos dedicamos a recordar y a homenajear a alguien que ha dejado este mundo. Empezando desde la celebración del propio rito funerario (que es el rito mas antiguo que celebra la humanidad; todas las culturas comienzan inclinándose ante la muerte) hasta los homenajes de recordación, como esta dedicatoria en el día de hoy al padre José Luis. Y es que yo creo que la muerte, el gran misterio de la muerte, nos coloca de frente al otro gran misterio: el de la vida. Somos las únicas criaturas creadas con conciencia del tiempo, con conciencia de nuestra finitud, con conciencia de la muerte. Por eso cuando alguien muere, la VIDA, en mayúsculas, se ilumina, nos da de frente, se nos impone con toda su grandeza y su gratuidad: la de quien ya no está, la nuestra y la de todas las personas que amamos. Para nosotros, los creyentes, la Muerte además no es otra cosa que el inicio del cumplimiento de la promesa de la entrada la verdadera Vida, a la Vida eterna... Aparte de otras “pequeñas razones” propias de nuestra humanidad (el apego a lo que amamos, el dolor ante la implacabilidad de la renuncia a su presencia, el miedo ante el “ nunca mas...”), creo que es esa la razón primordial que opera en el inconsciente colectivo e individual cuando decidimos mantener la memoria y el recuerdo de quien ya no está físicamente pero cuya presencia es innegable, como es innegable que el padre José Luis sigue entre nosotros. Por eso estas reflexiones van en su nombre, en honor al recuerdo de mi profesor de biología que vivía enamorado de cada célula viva porque en ella veía a Jesús mismo.

He titulado estas reflexiones ***Toda historia comienza con un sí: san José de Calasanz, su camino a la santidad*** porque una de las cosas que aprendí, ya de adulta, y que mas me impactó cuando lo escuché, cuando lo leí, y que me sigue impactando, es que “todos estamos llamados a la santidad”. Yo estudié en colegios católicos, vengo de una familia católica y, con un paréntesis de algunos años de rebeldía e ignorancia, he sido y soy católica practicante, por fe y convicción. Y no recuerdo nunca haber escuchado esta frase, hasta que tomé un curso de Teología en la Universidad Católica. Era el año 1987. Lo escuche de un escolapio, el padre Moisés Navascués: “es que todos podríamos ser santos, si quisiéramos, el problema es que no queremos”. A mi, la verdad, y con perdón de que lo tengo aquí delante, me pareció en aquel momento un

chiste. Primero porque el padre Moisés es muy chistoso y segundo porque la idea que yo tenía en aquel entonces es que un santo es alguien que Dios escoge para sufrir (o como ha dicho el papa Francisco recientemente: ese error de pensar que ser santo es poner cara de estampita...) y que ni yo me sentía escogida por Dios, ni estaba en este mundo para sufrir. Muchos años después, leyendo, estudiando, educándome en la fe que quiero libremente profesar, me topé varias veces con esa frase y entendí que sí era un chiste, pero no en términos jocosos, sino en términos existenciales: ¡Ese es el chiste de la vida!: el camino de la santidad es para todos, Dios nos llama a todos, solo tenemos que escuchar su llamado, atenderlo, darle un sí y sostenerlo, simple...fácil, ¿no?

No, sabemos que no es fácil ni simple, pero sabemos también que no es imposible. Sabemos que no es fácil ni simple porque continuamente abandonamos ese sí que damos intermitente y condicionadamente a Dios. En un Retiro de Adviento, el sacerdote que nos daba la charla, el padre Patricio, dijo que los cristianos –incluso los no cristianos- no teníamos ningún problema con la idea del Padre, que todos –con mayor o menor grado de fe y convencimiento- sabemos quien es el Padre y a Él nos dirigimos para pedir, agradecer o invocar..., que nuestro problema radica en aceptar ser Hijos de ese Padre: en adherirnos, en obedecer Su voluntad, en reconocernos criaturas suyas, como niños...San José de Calasanz supo ser Hijo: de su Padre, de su Iglesia, que es una misma cosa...

Pero, aun sabiendo que no es fácil ni simple, también sabemos que no es imposible; y lo sabemos porque hay hombres y mujeres, como ustedes y como yo, que lo han logrado. Hoy recordamos a uno de ellos: a san José da Calasanz.

Lo que voy a compartir con ustedes parte de una reflexión muy personal, es mi interpretación, mi lectura, muy simple y llana, muy atrevida incluso porque no soy especialista ni en teología, ni en filosofía; lo mío es la literatura así que pido disculpas si estas reflexiones están salpicadas de rasgos de ficcionalidad o de un exceso de imaginación (lo llamaremos *de-fectos* de formación...).

Leyendo la biografía y la vida de Calasanz, unido a esa idea de que todos estamos llamados a la santidad y que es nuestra libertad lo que hace

posible ese camino, he identificado cuatro aspectos que fueron las columnas que sostuvieron el criterio con el que sostuvo su Sí, con los que recorrió su camino a la santidad:

- 1. el tema de la historia, que implica le concepto del tiempo;**
- 2. la educación, que nos ilumina hacia la verdad;**
- 3. la verdad que conduce a la libertad;**
- 4. la libertad que es el camino de la santidad.**

1. La historia que nos ubica en el tiempo: Obviamente nos referimos al tiempo cronológico que nos determina. San José de Calasanz fue un hombre que, en expresión cotidiana de la concepción de la historia, consideramos “fuera de tiempo” un “adelantado a su tiempo”, con ideas, “escandalosas para su tiempo”, fue un “desplazado de su tiempo”... Sin embargo, en términos cristianos, si aceptamos que fue un hombre que siguió el llamado de Dios, que dijo Sí a la petición que Dios le hiciera de hacer una labor de educación para los mas pobres, hemos de concurrir con sus propias palabras, con las palabras de consuelo que daba a sus seguidores en momentos de desánimo: “nuestro tiempo no siempre coincide con el tiempo de Dios, no somos nosotros los protagonistas de la historia, sino al obra del Señor”. Los exhortaba a no caer en la tentación de pensar que es **nuestra** persona lo que importa, que es **nuestro** éxito lo que agrada a Dios, que es en **nuestro** tiempo cuando se materializará la voluntad de Dios.

Para la época en que vivió el padre Calasanz apostar por una educación gratuita e integral (ciencias, letras y la fe **como punto de iluminación de todos los saberes**), mas aun: exigir a las autoridades que asumieran que esa era parte de su obligación: educar para la dignidad, para la libertad que otorga el conocimiento de la verdad, constituyó un escándalo, era una idea “ fuera del tiempo”, del tiempo de los hombres...Por eso encontró tantas resistencias: de parte de los maestros privados, que se veían amenazados en su modo de ganarse la vida; de parte de las personas que explotaban a esos niños y jóvenes que se quedaban sin “carne de delincuencia” unos , y otros sin “mano de obra a saldo de esclavitud casi”, en el mejor de los casos (en el mejor de los casos para los niños); de parte de una sociedad estratificada rigurosamente, en donde los pobres tenían poca o ninguna posibilidad de salir de ese estado de pobreza y miseria: material, espiritual, de educación formal...

Y todos sabemos, que aun hoy día, la miseria es el caldo de cultivo de muchos males sociales y personales.

Pero san José de Calasanz encontró otra “resistencia” mas importante, mas fuerte e inesperada para él, mas determinante, la que le llevó, finalmente a la santidad, aunque suene contradictorio. Encontró resistencia dentro de su propia iglesia. Y en esto me quiero detener. Aludo al concepto “resistencia” porque así lo he leído en varios documentos, incluso he leído que se topó con una “feroz oposición”, con “enemigos” dentro de la iglesia, que fue “incomprendido”, tratado con “injusticia por las autoridades eclesiásticas” y expresiones similares. Y en este punto, con el cuidado que corresponde a alguien que no es especialista en el tema, quiero responder, (guiada por una intuición que ha encontrado sustento en una formación teológica producto de 21 créditos de teología -15 de los cuales recibí de los Escolapios - y algo de educación en la fe que recibo de mi grupo religioso) que la iglesia, nuestra Iglesia Católica tiene un carácter universal, lo que significa mucho mas que un concepto hermoso: significa que tiene una **responsabilidad** en el tiempo. Cualquier idea que se presente a la Iglesia, por mas buena que nos parezca y que sea, por mas justa que parezca y que sea, debe ser analizada, estudiada y contemplada con una conciencia del tiempo mas allá del presente. Es decir, no es un derecho ni un capricho que se otorga la Iglesia de aceptar o no aceptar cambios según la simpatía de las ideas, es un deber responder no solo por ese momento histórico, sino por todos los demás, por decirlo llanamente. Así que esa “resistencia” de la Iglesia no fue otra cosa que una bendición para el padre Calasanz y para nosotros, pues finalmente, a través del sacrificio y el sostenimiento de su Sí consiguió que su idea se materializara en el tiempo de Dios, en el tiempo de la Iglesia, no en el suyo.... La aceptación e incorporación de la Orden de los padres Escolapios tomó años, siglos, tomó el tiempo que Dios determinó que tenía que tomar. Y san José de Calasanz lo supo, lo aceptó, lo asumió. Porque hay que resaltar, y desde mi punto de vista es donde radica la grandeza de su obra, que mas que en el resultado, fue en el camino recorrido, en su Sí a Dios y su Sí a la Iglesia (a esa que se “resistía” a sus ideas y a la que nunca desobedeció) que el padre Calasanz se ganó la santidad: en el reconocimiento de que **el tiempo de los hombres es distinto al tiempo de Dios**, en que la Iglesia, nacida del corazón de Jesús es inseparable de la idea y del llamado de Dios, y que no era *su* persona lo importante, que no era *su* proyecto, sino el de Dios el que importaba.

Supo, por fe y obediencia, que Él no lo abandonaría y por eso aceptaba también el tiempo que la Iglesia necesitaría para aceptar. Por eso podemos afirmar que su **Sí** fue un **Sí** de total comunión entre Dios-Iglesia.

Nuestra tentación constante, aquella a la que sucumbimos y que nos hace olvidarnos del **Sí** que hemos dado, lo que nos aleja y nos lleva por otro camino, por el camino del ego, por el camino del “yo”, de “mi persona” es olvidar eso, olvidar que no es nuestra gestión, ni el éxito o fracaso de la misma, no es el resultado, sino como asumimos nuestra tarea, la que sea, nuestro llamado, el que sea..... A veces sentimos que no entendemos a la Iglesia, que no estamos de acuerdo con algunas de sus posturas; generalmente porque tampoco hacemos mucho para entender, porque no nos educamos en la fe que profesamos, pero incluso aquellos educados en la fe a veces tampoco entienden o le parecen antipáticas o injustas las decisiones de la Iglesia, anacrónicas incoherentes o insuficientes ante su necesidad de verdad (nuestro segundo punto)...Y abandonan: “donde no me quieren me voy. Mi idea es buena, me la llevo a donde la acojan”...Eso hacen, hacemos, cuando colocamos en primer lugar **NUESTRA** persona, **NUESTRA** idea, **NUESTRO** proyecto y sus frutos...Gracias a Dios, san José de Calasanz se jugó su libertad y sostuvo el **sí**, no cayó víctima de la tentación de su ego, de la tentación de abandonar...

Y decía que ese sostenimiento de su **Sí** es importante para nosotros también por dos razones: **1.** La vida de los santos es siempre un ejemplo a mirar, un socorro cuando nos tienta la idea de que no podemos con nuestra cruz, cuando dejamos de creer que “el bien es posible” y, por otro lado, es importante para nosotros por una razón mas obvia desde la inmediatez de esta mañana: que hoy, aquí y ahora, tenemos con nosotros a estos jóvenes seminaristas escolapios, que son los sucesores de su fundador y que, con alegría fe y convicción, siguen testimoniando que la educación nos ilumina hacia la verdad y hacia la libertad, el segundo y tercer puntos que quiero compartir...

2 y 3. La educación, que nos ilumina hacia la verdad y es la verdad, lo que nos hace libres. Esto no responde a otra cosa que a las inherentes y naturales exigencias propias con las que fue creada el alma humana - como no dejaba de insistir, clase sí y otra también, el padre Lázaro en los cursos de Teología en los que siempre repetía: “si no recuerdan otra cosa de estas clases, al menos recuerden esta: la verdad los hará libres”. Juan

Pablo II, tiene una frase memorable, que también se la hemos escuchado citar a Monseñor: “la libertad cabalga a lomos de la verdad”. Decía Benedicto XVI en el Mensaje para la celebración de la XLV Jornada mundial de la paz, 2012 que “la educación es la aventura mas fascinante y difícil de la vida porque significa el encuentro entre dos libertades”. Y nuestro santo ya lo sabía, lo sabía de tal modo que llamaba al maestro *cooperator veritatis*, es decir, cooperador (de Dios) en la difusión de la verdad.

Pero, aclaremos, no se trata solamente de una verdad y a una libertad reducidas a la definición que da el diccionario, sino a una VERDAD con mayúsculas, a aquella que remite a las palabras de Jesús: “Yo soy el camino, la verdad y la vida”. A esa verdad: a la verdad *que ilumina todos los saberes*, como sabía y entendía san José de Calasanz y que nos conduce hacia la libertad. Y fue esa otra conciencia (unida en la conciencia de que no era su tiempo, sino el de Dios) lo que sostuvo su Sí, en esa conciencia encontró consuelo y auxilio cuando lo traicionaron unos, cuando le abandonaron otros, cuando le acusaron y le señalaron, cuando no fue entendido... Porque, amigos míos, cuando carecemos de un CRITERIO, cuando, casi peor aun, nuestro único criterio es nuestra convicción personal, intuitiva, vulnerable como *la rosa de los vientos* a nuestros estados anímicos, a nuestras simpatías y empatías, a nuestro parecer ideológico..., nos perdemos en el laberinto dialéctico de todas las posibilidades, que finalmente conducen al vacío, a ningún lugar...porque no se pueden tomar todos los caminos a la vez y el relativismo (ese moderno gran enemigo de la verdad) lo que hace es eso: abrirnos infinidad de caminos. Solo el que acepta que hay una VERDAD, que esa verdad se hizo carne y nos dio la pauta para la felicidad, puede sentir la seguridad de que ese es el criterio. Porque todo es uno: “Yo soy el camino, la verdad y la vida”. Y san José de Calasanz, insisto: lo sabía, lo entendía, dijo Sí y sostuvo esa verdad. Ese fue su criterio, su sostén en las pruebas, lo que le ayudó a demostrar su lealtad y obediencia al Padre, lo que lo hizo Hijo obediente de la voluntad su Padre. Concepto que muchas veces vemos y entendemos como enemigo de la libertad, como factor de opresión, de fuerza que no resta libertad. Nada mas equivocado, nada mas lejos de lo que realmente se experimenta cuando abrimos el corazón a esa VERDAD, como lo abrió el padre Calasanz, nada nos hace sentir mas libres que aceptar y sostener esa VERDAD, aunque nos parezca anacrónica, aunque nos enfrentemos al rechazo y a la burla. Dice mi amigo Pedro que el martirio de los cristianos hoy día es

la burla de nuestros amigos, de los mas cercanos (lo decía antes de ISIS, antes de que conociéramos la barbaridad que se sigue cometiendo con nuestros hermanos cristianos, en pleno Siglo XXI, cosa que sí ES un anacronismo y una poca vergüenza, si me permiten la expresión). “ Parece mentira, tan inteligente y creyendo en Dios”, “ ese cuento de Dios ya no hay quien se lo trague”, “ Dios es algo muy lejano” o expresiones que nos recuerdan al don Juan Tenorio con su “ cuan largo me lo fiais” las solemos escuchar cotidianamente por parte de no creyentes (o de los que se creen “ no creyentes” porque eso no es algo que decidamos nosotros: en el fondo han sustituido a Dios por el yoga, el horóscopo, el dinero, el poder, la santería o cualquier cosa que responda con inmediatez a un deseo de felicidad y de infinito que nos viene inscrito en nuestra naturaleza). Pero peor aun, mas triste aun nos parece el dualismo, cosa que jamás experimentó san José de Calasanz y al que estuvo expuesto y que, tristemente, descubrimos a veces en nosotros mismos: “a Dios rezando y con el mazo dando”: cristianos católicos que separan la misa, la devoción, a Dios mismo, de la vida diaria. “cumpliendo dentro y olvidando fuera”. Son los que, cantan en la Iglesia y luego las encíclicas les parecen motivos de chiste fácil, o mas terrible aun, aquellos que, faltando al mandamiento de no utilizar en nombre de Dios en vano, convierten a Dios en instrumentalización ideológica, como insistía papa Francisco hace poco (Recordemos que en su viaje a Perú unas expresiones suyas aparecieron en periódicos de ideologías contrarias, ambos bandos reivindicando el apoyo del Santo Padre a sus respectivas e irreconciliables causas.) El Sí de san José fue integral, como la educación que pedía: a Dios, a la Iglesia, a los hombres. Eso fue lo que lo hizo libre, libre de dudas, libre de rencor, libre de la tentación de abandonar, libre para morir en paz, alegre y esperanzado en que la obra de Dios, verdadera y al servicio de nuestra libertad, necesitaba del tiempo de Dios.

4.Y por último, y muy brevemente, porque estas sí que son aguas profundas, mencionaré apenas el concepto de la **SANTIDAD**, adherido a lo que hemos señalado: al **TIEMPO**, la **VERDAD** y la **LIBERTAD**. Y para ello retomaré, en auxilio, unas citas muy breves, con las que finalizo estas reflexiones íntimas, producto de una lectura que apenas estoy comenzando a entender, quizás erradas...

Selecciono de Juan pablo II, la mas impactante y misteriosa: “Los santos son hombres libres”. He creído entender algo de las bases, los criterios

de san José de Calasanz en el ejercicio de esa libertad: adherirse a la VERDAD y con ella sostener un **Sí** a Dios y a Su Iglesia.

Benedicto XVI expresó en varias ocasiones que “la santidad se mide por la estatura que Cristo alcanza en nosotros”, esa manera en que volvemos a escuchar la pregunta que el propio Jesús le hiciera a su discípulos: “Y ustedes, ¿quién dicen que soy Yo?”. ¿Quién es Jesús para nosotros? ¿Está presente en lo que hacemos a diario, en lo que pensamos, en lo que concebimos y deseamos para los demás y para nosotros mismos? Es vinculante en mi cotidianidad o lo dejo en el templo?

Un Santo es aquel que, en palabras del papa Francisco, “deja que Dios obre en su vida”. Así lo afirmaba hace apenas un año ante miles de peregrinos que le escuchaban en la Plaza San Pedro:

La santidad es el rostro más bonito de la Iglesia... (...)Dios te da la gracia para ser santo. Dios se comunica contigo. Tienes que abrirte a esa gracia que te trabaja por dentro y te lleva a la santidad precisamente viviendo con amor y dando testimonio cristiano en la propia ocupación de cada día... (...) No es algo pesado y triste sino todo lo contrario. ¡Es una invitación a compartir la alegría! A vivir y ofrecer con alegría cada momento de nuestra vida, convirtiéndolo en un don de amor para las personas que tenemos alrededor.

Para recapitular y concluir, creo que lo que sostuvo el **Sí** de San José de Calasanz fue su conciencia del tiempo de Dios-Iglesia, la necesidad de una educación guiada hacia la iluminación de la Verdad, que es la puerta de la libertad y con ella la entrada a la santidad...

Así, que, bajo esta luz, podemos entender aquellas palabras que nos recordaba el padre Elías Morales el año pasado en uno de los talleres de Formación académica al inicio de las clases en nuestra PUCPR: “la santidad es una Obra conjunta de la gracia y la lucha personal”. San José de Calasanz recibió la gracia. Nosotros recibimos la misma gracia. Él hizo su trabajo personal. Nos queda ser libres y hacer el nuestro...

Quiero terminar con una reflexión muy personal, tan personal como todo lo que les he compartido esta mañana. Hace poco leí en algún lugar que “A veces pedimos a Dios que cambie nuestra situación, sin entender que

Dios nos ha puesto en esa situación para cambiarnos". Y, ante la tentación de la lógica dialéctica pensé al leer eso: *¡Entonces, No hay necesidad de pedir!* Inmediatamente recordé las palabras del padre Calasanz que no cesaba de pedir y de pedir a los demás que pidieran, que siempre pidieran. Y concluí que *Pedir* es el primer cambio que se opera en nosotros, porque es una de las cosas que mas cuesta...Pedir por nosotros, pedir por quien nos ofende, por quien no nos acepta ni entiende, por quienes nos condenan y rechazan. ¡Tener la libertad de pedir, como Hijos, a nuestro Padre! Y Hoy quiero concluir pidiéndoles que pidamos a Quien nos ha asegurado que es *El camino, La verdad y la Vida* que nos ayude a sostener nuestro Sí, a responder a Su llamado... Pidamos que la figura y el ejemplo paciente y obediente de San José de Calasanz nos ilumine, guíe y conforte ante las flaquezas y la tentación de abandonar y que, siguiendo su obra educativa nos conduzca hacia la Verdad porque, como no deja de recordarnos el padre Lázaro, es la Verdad lo que nos hará libres.